

Reuelta en la sangre, escapa  
La vida, dejando á muchos.  
Envidia de tal hazaña.  
Juntóse el moro valiente,  
A quien sigue y acompaña,  
Oyendo los parabienes  
De caballeros y damas;  
Porque otra cosa no escucha  
Desde andamios y ventanas,  
Sino que fué grande suerte  
De aquel famoso de Algava.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 1.ª parte.)

4 Bellisimá descripción de un toro, y del lance del lidiador. No puede haber cosa mas poética, y al mismo tiempo mas verdadera de lo que sucedía en las fiestas de toros del tiempo de los Reyes Católicos y aun de sus sucesores. En ellas y en los juegos de cañas los caballeros, olvidados de sangrientos torneos, conservaban los recuerdos y aun las costumbres de los moros. En el romance que sigue se llama *Abdili*, en vez de Almanzor, al rey que presidió la fiesta.

46.

GAZUL. — XVIII.

(Anónimo.)

Estando toda la corte  
De Abdili, rey de Granada,  
Haciendo una rica fiesta,  
Habiendo hecho la zambra,  
Por respeto de unas bodas  
De gran nombradía y fama,  
Por lo cual se corren toros  
En la plaza Vivarambla;  
Estando corriendo un toro,  
Que su bravura espantaba,  
Se presentó un caballero  
Sobre un caballo en la plaza,  
Con una marlota verde,  
De damasco vandeada;  
El capellar de lo mismo,  
Muestra color de esperanza.  
Plumas verdes, y el bonete  
Parece de una esmeralda.  
Seis criados van con él,  
Que le sirven y acompañan,  
Vestidos también de verde,  
Porque su señor lo manda;  
Como aquel que en sus amores  
Esperanza lleva larga.  
Un rejon fuerte y agudo,  
Cada criado llevaba;  
De color negro eran todos  
Y vandeados de plata.  
Conocen al caballero  
Por su presencia bizarra,  
Que era el muy fuerte Gazul,  
Caballero de gran fama.  
El cual con gentil donaire  
Se puso en medio la plaza,  
Con un rejon en la mano,  
Que á algun Marte semejaba,  
Y con ánimo invencible  
Al fuerte toro aguardaba:  
El toro cuando le vido  
Al cielo tierra arrojaba  
Con las manos y los pies,  
¡Cosa que gran temor daba!  
Y despues con gran braveza  
Hacia el caballo arrancaba,  
Por herirle con sus cuernos,  
Que como aletas llevaba:  
Mas el valiente Gazul  
Su caballo bien guardaba,  
Porque con el rejon duro  
Con destreza no pensada  
Al bravo toro hería  
Por entre espalda y espalda.

El toro muy mal herido,  
Con sangre la tierra baña,  
Quedando en ella rendido,  
Su bravura aniquilada.  
La corte toda se admira  
En ver aquella hazaña.  
Y dicen que el caballero  
Es de fuerza aventajada,  
El cual, corridos los toros,  
El coso desembaraza,  
Haciéndole al rey mesura,  
Y á Lindaraja su dama:  
Lo mismo hizo á la reina,  
Y á las damas que allí estaban

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los Ce-  
gries*, etc.)

4 Es al mismo asunto del que le precede, y en uno y otro se describe maravillosamente una fiesta de toros de aquellas en que eran lidiadores los mas nobles y valientes caballeros, y de las cuales no quedan en España sino los débiles y pálidos vestigios que se notan en las fiestas reales que se celebran á la coronación de nuestros reyes, ó la jura de los príncipes herederos. Pero ¡cuán enorme es la diferencia! Porque faltando en estas la galantería y el amor, y las damas á quienes las otras se dedicaban, puede decirse que las falta todo. El romance que precede á este es en sumo grado mas bello y perfecto; pero en vez de *Abdili*, llama *Almanzor* al Rey de Granada ante quien se celebró la fiesta.

47.

GAZUL. — XIX.

(Anónimo.)

Al tiempo que el sol esconde  
Debajo del mar su lumbre  
Y de rojos arboles  
Colora el aire y las nubes,  
Llegaba el fuerte Gazul  
A Alcalá de los Gazules,  
Con cuatrocientos hidalgos  
De los moros andaluces:  
Y apenas llegaba, cuando  
«Suenan tiros y arcabuces,  
«Atabales y trompetas,  
«Chirimías, sacabuches,  
«Que venia á echar de España  
«A Zulema, rey de Túnez,  
«Que estaba ya apoderado  
«De Marbella y sus alumbres.»  
Y aunque entra de noche el moro,  
No quiere ni pide lumbres,  
Que el claro sol de Celinda  
Quiere solo que le alumbre;  
Y á la entrada de la villa  
«Suenan tiros y arcabuces etc.»  
Todas las damas por vello  
A los miradores suben,  
Solo su esposa Celinda  
Del suyo se esconde y huye.  
Como no sale Celinda,  
El corazon se le cubre  
De temerosas sospechas,  
De celosas pesadumbres;  
Y apeándose en palacio  
«Suenan tiros y arcabuces etc.»  
Gazul del caballo baja  
Y á ver á su esposa sube;  
Hállala sola y tan triste  
Que en suspiros se consume.  
El moro llega á abrazalla,  
Y ella se aparta y rehuye.  
Y él dice: —; Cómo es posible  
Que tal conmigo se use?—  
Y antes que ella le responda  
«Suenan tiros y arcabuces etc.»  
Al fin le dice con ira,  
— Traidor, ¿ adónde se sufre  
Que en cuatro meses de ausencia  
De escribirme te descuides?—

Humilde responde el moro:  
— «Mi bien, no es bien que me culpes,  
Pues la pluma sin la lanza  
Tomar un punto no pude.»—  
Abrazáronse, y al punto  
«Suenan tiros y arcabuces etc.»

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 1.ª parte.)

48.

GAZUL. — XX.

(Anónimo.)

Del perezoso Morfeo  
Los roncós pifaros suenan,  
Que se tocan, porque el dia  
Hace con la noche treguas.  
Ya del bullicioso vulgo  
Las trampas y tratos cesan,  
Y del pequeño al mayor  
Con el dulce sueño huelgan:  
Solo el triste canto se oye  
De nocturnas avezuelas,  
Y el retumbido del vulgo  
Hace un ru, ru, en las orejas.  
En medio de este silencio  
De Zaida las quejas suenan,  
Que con temor de la muerte  
Cuando todos duermen vela:  
«Que no hay quien quiera  
«Morir aunque la muerte sea lijera:»  
Que como hay tantos malsines,  
Por congraciarse con ella  
Le han dicho, como Gazul  
De dalle la muerte ordena.  
Toma el vestido de un moro  
Y el suyo de mora deja,  
Y así sale á media noche  
De Jerez de la Frontera:  
«Que no hay quien quiera, etc.»  
En un lijero caballo,  
Con una lanza lijera,  
Tan animosa, que es harto  
Que Gazul algo la exceda:  
Y á cada paso que da  
Vuelve hácia atrás la cabeza,  
Y con el miedo imagina  
Su enemigo va tras ella:  
«Que no hay quien quiera etc.»  
El camino real dejó  
Porque la dejen sospechas,  
Y hácia Sevilla camina,  
Por una oculta sendera;  
Y aunque el caballo brioso  
Va corriendo á rienda suelta,  
Con el temor, le parece  
Que no anda mas que una piedra:  
«Que no hay quien quiera, etc.»  
Aunque quiere ir con secreto  
Los suspiros no la dejan,  
Que le salen por la boca,  
Cual furiosas escopetas.  
Cada momento se para,  
Y escucha si gente suena;  
Y como no suena nadie  
Aprésura su carrera:  
«Que no hay quien quiera etc.»  
Antojósel que el aire  
La habla y dice: «Esposa, espera;  
Haré de tí un sacrificio,  
Que á Albenzaide grato sea.»  
Con aquesta fantasia,  
Va mas que no viva, muerta;  
Y aunque el temor la desmaya,  
Saca fuerza de flaqueza:  
«Que no hay quien quiera, etc.»  
Llegó á vista de Sevilla,  
Y á aguardar que noche sea,

Y á las diez se va á apear  
A casa de una parienta,  
Donde estuvo algunos dias,  
Y en siendo del todo cierta,  
Ser mentira lo pasado,  
Se tornó á Jerez contenta.  
«Que no hay quien quiera  
«Morir, aunque la muerte sea lijera.»

(Romancero general.)

## ROMANCES DE ABENUMEYA.

49.

ABENUMEYA. — I.

(Anónimo.)

El gallardo Abenumeya,  
Hijo del rey de Granada,  
Con enemigos valiente,  
Discreto y galan con damas;  
Ausente y enamorado  
De la hermosa Felisarda,  
Hija del bravo Ferri,  
Que es capitán de la guarda,  
Por la vega de Genil  
En una vegua alazana  
Parte solo, porque á solas  
Quiere gozar de sus ansias.  
Son las colores que viste  
Conformes al mal que pasa,  
Porque si vieren sus ojos,  
Vean lo que sufre el alma.  
Viste leonada marlota,  
Y en ella flores moradas,  
Que entre congojas y penas  
Florida está su esperanza;  
En un albornoz pajizo  
Unas columnas bordadas,  
Por mostrar que á su firmeza  
Combaten desconfianzas.  
Puso en la adarga una luna  
Con una banda morada,  
Por dar muestras que de amor  
Nace el temor de mudanza.  
Banderilla lleva azul  
Junto al hierro de la lanza:  
Que celos son ocasion  
De hacer yerros quien ama.  
Una toca en su cabeza  
De oro y de seda encarnada,  
Plumas, garzotas, bonete  
Recoge, aprieta y enlaza,  
Y en el rizo de las plumas  
Una muerte de esmeraldas,  
Y de aljófar esta letra:  
«Muerte es esperanza larga».  
Mas aunque parte galan,  
Apercibido va de armas,  
Porque son de fino acero  
Los forros de aquestas galas.  
Suspirando va y diciendo;  
— ¡Mi querida Felisarda,  
No borres de tu memoria  
A quien te escribió en el alma!  
¡Mira que por causa tuya  
Traigo vestida la malla,  
Siempre la lanza en la diestra,  
Siempre abrazada la adarga,  
Venciendo en escaramuzas,  
Y saliendo de batallas  
Herido, por ser de celos,  
Do acero ni fuerzas bastan!—  
Diciendo esto el moro ausente  
Sacó del pecho una carta,  
Y con ella mil suspiros  
Con que el viento fresco abrasa.

Quiso leella, y no pudo,  
Porque lágrimas cansadas  
Y espesas nubes de penas  
Lo impiden con fuego de agua.  
La carta, con lo que llora,  
Moja, entenece y ablanda,  
Y con suspiros la enjuga;  
Y aun es mucho no quemada.  
Siente las frescas heridas,  
Y en busca de quien las causa  
Vuelve á Granada los ojos,  
Y el alma á su Felisarda;  
Y mira del Albaicín,  
Adonde vive su dama,  
Los dorados chapiteles  
Y las antiguas murallas.  
Por las de un jardín que tiene  
Ve que se asoma una palma,  
Que á pesar del grave peso  
Levanta sus verdes ramas.  
—¡Mora de mis ojos, dice:  
Si, como dices, me amas,  
Fáciles inconvenientes  
Fácilmente atropellaras!  
¡Mas ¡ay! que el tiempo descubre  
Mi firmeza y tu mudanza!  
La firmeza de mis obras,  
Lo falso de tus palabras.  
¡Mal haya yo, que por tí,  
Traigo revuelta á Granada!  
Mis deudos me ponen ceño,  
No me pueden ver tus guardas;  
Mas aunque enemigos crezcan  
Desdenes y ausencia larga,  
Nada bastará á mudarme,  
Que contra mí nada basta.—  
En esto oyó que á rebato  
Tocan en el Alpujarra,  
Y como á quien tanto importa,  
Parte á morir ó librala.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos  
Romances, 2.ª parte.)

## 50.

ABENUMEYA. — II.  
(Anónimo 4.)

El gallardo Abenumeya,  
Gran guerrero sobre el agua,  
General de las galeras  
De Muley, rey de Granada:  
Aquel que hizo estragos  
Contra las velas cristianas,  
Se sale estragado el pecho,  
Porque ha visto una mudanza.  
No se queja de fortuna,  
Pues jamás le fué contraria,  
Mas quejase, y con razón,  
De la bella Celindaja,  
Camarera de la Reina,  
Y por Muza amartelada,  
De que fué causa una ausencia,  
Que siempre pára en mudanza:  
Por lo cual hace le pinten  
En el campo de la adarga  
Una nao veloz que al viento  
Rompiendo del mar las aguas,  
Porque en pasando una ola  
No queda señal formada,  
Que es condición de mujeres,  
De quien no hay firme palabra.  
Y que al fin de su viaje  
Da de traves en la barra,  
Como ha dado su ventura  
Por mujer y por mudanza;  
Y que sirva el pensamiento  
De popa bien levantada,  
A causa de que en amar

Nadie al moro hizo ventaja;  
Y que sirva de piloto  
Su firme fe y su palabra,  
Para apartalle del daño,  
Que le causó una mudanza;  
Y que sean escotillonés  
Los dos ojos de su cara,  
Por donde le entró á ver  
Una afición mal lograda;  
Y quiere esté un estandarte  
En el mástil de la gavia,  
Para mostrar que en un tiempo  
Tuvo á la fortuna en nada;  
Y una letra en el hauprés  
Que diga en lengua cristiana:  
«Todos estos mis servicios  
Tuvieron injusta paga»;  
Que podrá ser que con esto  
Conozca su mora ingrata,  
Que á un capitán de la tierra  
Gana un general del agua.  
Con esto se partió el moro  
Camino de la Alpujarra,  
Para llegar á Almería,  
Adonde dejó su armada.  
Y promete que jamás  
Creerá de mujer palabra,  
Porque son plumas en viento,  
O escrituras en el agua.

(Romancero general.)

4 Malísimo romance.

## ROMANCES DE ZAIDE.

## 51.

ZAIDE. — I.  
(Anónimo 4.)

Zaide ha prometido fiestas  
A las damas de Granada,  
Porque dicen que su ausencia  
De fiestas las tiene faltas;  
Y para poder cumplir  
Lo que promete á las damas,  
Concierta con sus amigos  
De hacerles fiestas y zambras.  
Entre muchas que imagina,  
Concierta una encamisada,  
Para las damas secreta,  
Y para el vulgo callada.  
Y antes que la clara aurora  
El pecho se rasgue y abra,  
Entra el venturoso moro  
Con su ilustre camarada:  
Hecha escuadra de cincuenta  
Va toda bien concertada.  
Cegries con los Gomeles,  
Azarques con los Audallas,  
Vanegas y Portoloses,  
Abencerrajes y Mazas,  
Alfarries y Achapices,  
Fordagues con los Ferraras,  
Madrugan para coger  
A las damas descuidadas,  
Deseosos de ver libre  
Lo que encubren tocas blancas.  
Cabezas y cuerpos ciñen  
De unas floridas guirnaldas;  
Muchas cañas llevan verdes,  
Y en las manos blancas hachas.  
Ya los clarines comienzan,  
Ya las trompas y dulzainas,  
Ya los gritos y alaridos,  
Ya las voces y algazara,  
Ya los añfiles tocan,  
Ya les responden las cajas,  
Y el envidioso Albaicín  
Con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos  
Con los cascabeles andan,  
Moviendo tanto ruido,  
Que á la ciudad amenazan.  
Unos corren, otros gritan,  
Otros dicen: Pára, pára,  
Sigán órden, vayan todos  
La calle de la Alcazaba.  
Otros dicen: La Gereá  
No se deje, ni su plaza;  
Otros, de Vavataubin  
Vuelvan luego á la Alpujarra,  
La calle de los Gomeles,  
La plaza de Vivarrambla.  
Corran toda la ciudad,  
Viva Albolun, y el Alcázar.  
Las damas que el dulce sueño  
Las tiene muy descuidadas,  
Al ruido dispiertan todas,  
Y acuden á sus ventanas.  
Cuál muestra suuelto el cabello  
Preso de una mano blanca;  
Cuál por descuido no cubre  
Su blanco pecho y garganta.  
Descuidadas salen todas  
Al cuidado alborotadas,  
Aunque del cuidado nacen  
A cada mora mil ansias.  
De pechos, y en pechos puesta  
A la ventana asomada,  
Está tan bella una mora,  
Que mil pechos abrasaba.  
Miran las moras la fiesta,  
Cómo corren, cómo paran,  
Y tan solo Zaida mira  
Al aposento de su alma.  
Zaide corre una carrera,  
Y Muza su camarada;  
Luego todos á la folla  
Corren la cascabelada.  
Tanto se enciende la fiesta,  
Y con tantas véras anda,  
Que no se viera la fin  
Si el sol no les madrugara.  
Determinan recogerse,  
Dejan la fiesta acabada,  
Piden lugar á la gente,  
Diciéndola: Aparta, aparta.

(Romancero general.)

4 Hay en este romance tanta vida y animación, como puede haber en las fiestas que describe. No hay quien al leerle no se sienta trasportado á ellas. Oyense allí el ruido de las pisadas de los caballos, el sonido de los cascabeles y campanillas de los pretales, la confusión de la música con las voces y aclamaciones, el murmullo y gritos del pueblo; vése la sorpresa y curiosidad de las damas y las coquetías con que medio desnudas se asoman á las ventanas. ¿Se puede hallar un cuadro mas bello con un mas brillante colorido, y con mas riqueza de expresión?

## 52.

ZAIDE. — II.  
(Anónimo.)

Ya que la aurora dejaba  
De Titon el lecho, y vuelve  
A la tierra el rostro hermoso  
Con la claridad que suele,  
Sale un moro descompuesto  
Que Zaide por nombre tiene,  
Disfrazado, solo al fin,  
Que es lo que de amor pretende.  
No trae adarga, ni lanza,  
Caballo, pluma en bonete,  
Ni la marlota bordada,  
Plumas, cifra ó martinetes;  
Aunque al lado del vestido  
Una letra se parece  
Que declara, en aljamía:

«Así me tratan desdenes».  
Vestido un débil gaban,  
Porque con vestido leve,  
Es mas honor la nobleza,  
Y mas oculta parece;  
Y con la falta que muestra  
De le faltar lo que quiere,  
Va gallardo el fuerte moro,  
Porque hoy amor le enriquece;  
Y aunque por montes camina  
A do gentes no parecen,  
Es el ver su gallardía  
Lo que desearse puede.  
Y que su Zaida no ignora  
Como él es hijo de Hamete,  
Alcaide de los castillos  
Que hacen á Granada fuerte,  
Pues oro, plata ni sedas  
No dan honor ni enriquecen,  
Que la mancha en un linaje  
Oro quitarla no puede;  
Porque nunca Febo sale,  
Si la noche prevalece,  
O cuando ya la mañana  
Con luz abundante crece.  
De celos vive seguro,  
Que es don que no se concede  
A aquellos que son amantes,  
Ni á todos los que pueden.  
Lleva solo un rico alfanje  
Oculto do no parece,  
Y bien seguro de sí,  
Aunque mas armas no lleve;  
Y de su patria Granada  
Le manda amor que se ausente  
Hacia do vive su Zaida,  
En cuya ausencia se muere,  
Por ser la mas bella dama  
Que cria el sol del Oriente.  
Vive ausente de la corte,  
Porque el Rey así lo quiere.  
Es hija de un Alfaqú,  
A quien el Rey mucho debe;  
Allegado á la corona,  
Del mismo Rey descendiente;  
Y porque no se permite  
Casar con moro pariente,  
No es hoy su yerno el Rey,  
De lo cual vive impaciente.  
Ella dió su mano á Zaide  
Después de muchos reveses,  
Y palabra de ser suya,  
Si el tiempo no lo impidiese.  
Después de andar sus jornadas,  
Cansado de verse ausente,  
Llegó á vista de la torre  
Que dentro á su mora tiene.

(Romancero general.)

## 53.

ZAIDE. — III.  
(Anónimo.)

Por la calle de su dama  
Paseando se halla Zaide,  
Aguardando que sea hora  
Que se asome para hablalle.  
Desesperado anda el moro,  
En ver que tanto se tarde,  
Que piensa con solo verla  
Aplacar el fuego en que arde.  
Vióla salir á un balcon,  
Mas bella que cuando sale  
La luna en la oscura noche,  
Y el sol en las tempestades.  
Llegóse Zaide diciendo:  
—Bella mora, Alá te guarde,  
Si es mentira lo que dicen

Tus criadas y mis pajes.  
 Dicen que dejarme quieres,  
 Porque pretendes casarte  
 Con un moro que ha venido  
 De las tierras de tu padre.  
 Si esto es verdad, Zaida bella,  
 Declárate, no me engañes,  
 No quieras tener secreto  
 Lo que tan claro se sabe. —  
 Humilde responde al moro :  
 — Mi bien, ya es tiempo se acabe  
 Vuestra amistad y la mía,  
 Pues que ya todos lo saben.  
 Que perderé el ser quien soy,  
 Si el negocio va adelante :  
 ¡Alá sabe si me pesa,  
 Y lo que siento el dejarte!  
 Bien sabes que te he querido  
 A pesar de mi linaje,  
 Y sabes las pesadumbres  
 Que he tenido con mi madre,  
 Sobre aguardarte de noche,  
 Como siempre vienes tarde,  
 Y por quitar ocasiones  
 Dicen que quieren casarme.  
 No te faltará otra dama  
 Hermosa, y de galan talle,  
 Que te quiera, y tú la quieras,  
 Porque lo mereces, Zaide. —  
 Humilde respondió el moro,  
 Cargado de mil pesares :  
 — ¡No entendi yo, Zaida bella,  
 Que conmigo tal usases!  
 ¡No entendi que tal hicieras,  
 Que así mis prendas trocases  
 Por un moro feo y torpe,  
 Indigno de un bien tan grande!  
 ¡Tú eres la que dijiste,  
 En el balcon la otra tarde :  
 «Tuya soy, tuya seré  
 Y tuya es mi vida, Zaides?»  
 (PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los  
 Cegries, etc.*)

## 54.

ZAIDE. — IV.  
 (Anónimo 4.)

Por las puertas de Celinda  
 Galan se pasea Zaide,  
 Aguardando que saliera  
 Celinda para hablalle.  
 Salió Celinda al balcon  
 Mas hermosa que no sale  
 La luna en oscura noche  
 Y el sol entre tempestades.  
 — Buenos días tengais, mora.  
 — A tí, moro, Alá te guarde.  
 — Escucha, Celinda, atenta,  
 Si es que quieres escucharme.  
 ¡Es verdad lo que le han dicho  
 Tus criadas á mi paje,  
 Que con otro hablar pretendes  
 Y que á mí quieres dejarme  
 Por un turco mal nacido,  
 De las tierras de tu padre?  
 No quieras tener oculto  
 Lo que tan claro se sabe.  
 ¡Te acuerdas como dijiste  
 En el jardin la otra tarde :  
 «Tuya soy, tuya seré,  
 Tuya es mi vida, Zaides?» —  
 De verse reconvenida  
 La mora en enojos arde,  
 Y cerrando su balcon,  
 Al turco dejó en la calle.  
 El galan soberbecido  
 Pisotea su turbante,

Y con rabiosas fatigas  
 Ha cantado estos cantares :  
 «¡Quieres que vaya á Jerez,  
 Por ser tierra de valientes,  
 Y te traiga la cabeza  
 Del moro llamado Hamete?  
 ¡Quieres que me vaya al mar  
 Y las olas atropelle?  
 ¡Quieres que me suba al cielo  
 Y las estrellas te cuente,  
 Y te ponga á tí en la mano  
 Aquella mas reluciente?»  
 La estrella sale de Vénus  
 Al tiempo que el sol se pone,  
 Y la enemiga del dia  
 Su mantito negro esconde.

(Romance recogido de la tradicion.)

Este romance, que tal como es parece una mezcla inco-  
 nexa de varios trozos de los impresos, da una idea de otros  
 muchos que con iguales circunstancias se cantan tradiciona-  
 lmente en la Serrania de Ronda, por los jóvenes aldeanos y  
 campesinos. Al considerarle es fácil ver en el todo el carácter  
 hiperbólico de los andaluces, y cuánto aun se acomodan á él  
 la poesía y los amorios tales como se trataban en el siglo XVI:  
 sobre todo cuanto sigue al verso, *Quieres que vaya á Jerez,*  
 no puede ser mas andaluz. Me le comunicó el Sr. D. Serafin  
 Calderon.

## 55.

ZAIDE. — V.  
 (Anónimo.)

Fijó pues Zaide los ojos  
 Tan alegres cual conviene,  
 Por ser el tiempo cumplido  
 De su tan propicia suerte,  
 Y dice : — ¡Dichoso muro,  
 Y dichosas tus paredes,  
 Adonde vive mi Zaida,  
 Y mi alma que ella tiene!  
 ¡Dichoso el suelo que pisa  
 Con razon llamarse puede!  
 Pues en él sienta sus plantas  
 Hechas de fuego y de nieve;  
 ¡Y mas dichoso tú, Zaide,  
 Si dar fin Alá quisiese  
 A esta tan terrible ausencia,  
 En que pensé que muriese!  
 El descanso desta vida,  
 Si durase para siempre,  
 ¡Cuántos mas le procuraran  
 De los que buscarle suelen!  
 Y si la mortalidad  
 Que nos convida á la muerte,  
 Aunque con tarda esperanza,  
 Esperarla nos conviene;  
 Ya desde luego la espero,  
 Y en Alá primeramente,  
 Que el fin dichoso, en tus brazos,  
 Me dará próspero alegre.  
 Y si en la mas alta cima  
 Me hallase, y se permitiese,  
 Y mi amor hiciese efecto,  
 ¡Dichosa sería mi suerte!  
 ¡Bella Zaida de mis ojos!  
 ¡Dichoso si ya te vieses  
 En estos rendidos brazos,  
 Dichosos entre mil gentes!  
 Llegas pues, verás tu Zaide,  
 Que nombras galan y fuerte,  
 El cual en saber amarte  
 A todos pasa y excede.  
 Debiera ser tu belleza  
 Tan libre como la muerte,  
 ¡Aunque si tan libre fuera  
 Dieras á mil mundos muerte!  
 ¡Bella Zaida! llega á tiempo  
 Que alcance mi avara suerte  
 La palma de tu valor,

Pues es deuda que me debes. —  
 Y como la vido el moro,  
 Dijo : — ¡Si Alá permitiese  
 Que para alumbrar mis hechos  
 Tal sol no se oscureciese!  
 Y porque mi lengua muda  
 Temo que no manifieste  
 Lo mucho que noto en tí,  
 Digalo quien mas sintiere. —  
 La mora responde : — Zaide,  
 Si de tí cierta estuviese  
 Que traías la lengua muda,  
 Juro que te obedeciese;  
 Mas temo que tus palabras  
 A la fin se me volviesen  
 Por remate de amistad,  
 Cada una una serpiente. —  
 Zaide respondió : — ¡Señora,  
 Si en mí tal jamas hubiere,  
 Quiero me falte la tierra,  
 Y el cielo su luz me niegue!  
 Con esto los dos asientan  
 Una amistad firme y fuerte,  
 Para no faltar jamas,  
 Si no falta con la muerte.

(Romancero general.)

## 56.

ZAIDE. — VI.  
 (Anónimo 4.)

Mira, Zaide, que te aviso  
 Que no pases por mi calle,  
 Ni hables con mis mujeres,  
 Ni con mis cautivos trates,  
 Ni preguntes en qué entiendo,  
 Ni quién viene á visitarme,  
 Ni qué fiestas me dan gusto,  
 Ni qué colores me placen.  
 Basta que son por tu causa  
 Las que en el rostro me salen,  
 Corrida de haber querido  
 Moro que tan poco sabe.  
 Confieso que eres valiente,  
 Que rajas, hiendes y partes,  
 Y que has muerto mas cristianos  
 Que tienes gotas de sangre;  
 Que eres gallardo ginete,  
 Y que danzas, cantas, tañes,  
 Gentil hombre, bien criado,  
 Cuanto puede imaginarse;  
 Blanco, rubio por extremo,  
 Esclarecido en linaje,  
 El gallo de las bravatas,  
 La gala de los donaires;  
 Que pierdo mucho en perderte,  
 Que gano mucho en ganarte,  
 Y que si nacieras mudo  
 Fuera posible adorarte.  
 Mas por este inconveniente  
 Determino de dejarte :  
 Que eres pródigo de lengua,  
 Y amargan tus libertades,  
 Y habrá menester ponerte  
 Quien quisiere sustentarte,  
 Un alcazar en el pecho,  
 Y en los labios un alcaide.  
 ¡Mucho pueden con las damas  
 Los galanes de tus partes!  
 Porque los quieren briosos,  
 Que hiendan y que desgarran;  
 Y con esto, Zaide amigo,  
 Si algun banquete les haces,  
 El plato de tus favores  
 Quieres que coman y callen.  
 ¡Costoso fué el que me hiciste!  
 ¡Venturoso fueras, Zaide,  
 Si conservarme supieras

Como supiste obligarme!  
 Pero no saliste apenas  
 De los jardines de Tarfe,  
 Cuando biciste de tus dichas  
 Y de mi desdicha alarde,  
 Y á un morillo mal nacido  
 Me dijeron que enseñaste  
 La trenza de mis cabellos,  
 Que te puse en el turbante.  
 No pido que me la vuelvas,  
 Ni tampoco que la guardes.  
 Mas quiero que entiendas, moro,  
 Que en mi desgracia la traes.  
 Tambien me certificaron  
 Como le desafiaste  
 Por las verdades que dijo,  
 ¡Que nunca fueran verdades!  
 De mala gana me rio :  
 ¡Qué donoso disparate!  
 Tú no guardas tu secreto,  
 ¡Y quieres que otro lo guarde?  
 No quiero admitir disculpa,  
 Otra vez vuelvo á avisarte :  
 Esta será la postrera  
 Que me veas y te hable. —  
 Dijo la discreta mora  
 Al altivo Abencerraje,  
 Y al despedirle replica :  
 «Quien tal hace que tal pague».

(PEREZ DE HITA, *Historia de los bandos de los  
 Cegries, etc.*)

Es composicion tan bella y popular que se inserta en todas  
 las colecciones de su género desde fines del siglo XVI en que se  
 compuso, hasta el dia. De él se han hecho muchas imitaciones  
 y algunas parodias.

## 57.

ZAIDE. — VII.  
 (Anónimo 4.)

Mira, Zaida, que te digo  
 Que andas cerca de olvidarme,  
 Determinada sin causa  
 De aborrecerme, y dejarme.  
 No preguntes en qué entiendo,  
 Ni consientes visitarte;  
 Mis recaudos aborreces,  
 Mis billetes te desplacen.  
 Confieso que eres hermosa,  
 Bizarra y de lindo talle,  
 Y que con donaire y brio  
 Bailas, danzas, cantas, tañes,  
 Y que has muerto mas cristianos  
 Que tienes gotas de sangre,  
 No con espada ni lanza,  
 Sino con armas mas graves;  
 Que emponzoñas con la vista,  
 Y encantas con el lenguaje,  
 Y con unas y otras cosas  
 Matas hombres á millares;  
 Que pierdo mucho en perderte,  
 Y gano mucho en ganarte;  
 Y si solo me quisieras  
 Fuera posible adorarte.  
 Mas por este inconveniente  
 Determino de quedarme  
 De la suerte que me dejas,  
 Huyendo tus novedades :  
 Que eres pródiga en amar  
 Y presta en determinarte,  
 Lijerísima en querer,  
 Y mas lijera en mudarte.  
 Habrá menester ponerte  
 Quien quisiere sustentarte,  
 Firmeza en la voluntad,  
 Y al corazon un alcaide.  
 Mucho valen las mujeres  
 De tantas gracias y partes,

Porque hay pocas tan discretas,  
Que en general poco saben:  
Mas por eso, Zaida amiga,  
Cuando quieren que las amen,  
Al arca de sus favores  
No ha de hacer mas de una llave.  
¡Costosa es la que me diste!  
¡Venturoso fuera Zaide  
Si conservarte supiera  
Como supo enamorarte!  
Mas no bien hube salido  
De los jardines de Tarfe,  
Cuando en mi lugar pusiste  
Un infame Bencerraje,  
No porque enseñe la trenza  
Que pusiste en mi turbante,  
Ni conté de tus favores  
A alguno la menor parte.  
De esto no estarás quejosa,  
Ni llamarás disparate  
No guardar yo tus secretos,  
Y querer que otro los guarde;  
Que quien como hombre las siente,  
Callar como piedra sabe;  
Y aunque de quejas reviento,  
Te prometo que yo calle.  
Ninguna puedes tener  
De mí, sino es por amarte,  
Que soy extremo en quererte,  
Y tú extremo en despreciarme.  
Mas quien de mujeres fia  
Es justo que así le traten,  
Y que por mí digan todos:  
Quien tal hace, que tal pague.

(Romancero general.)

<sup>4</sup> Este romance es una contestación al anterior, valiéndose del mismo tema.

## 58.

ZAIDE.—VIII.  
(Anónimo.)

Di, Zaida, ¿de qué me avisas?  
¿Quieres que muera y que calle?  
No des crédito á mujeres  
No fundadas en verdades;  
Que si pregunto en qué entiendes,  
¿Quién viene á visitarte,  
Son fiestas de mi tormento  
Ver que visitas te aplacen.  
Si dices que estás corrida  
De que Zaide poco sabe,  
¡No sé poco, pues que supe  
Conocer y adorarte!  
Si dices son por mi causa  
Las que en el rostro te salen,  
¡Por la tuya, con mis ojos,  
Tengo regada tu calle!  
Confiesas que soy valiente,  
Y tengo otras muchas partes;  
¡Pocas tengo, pues no puedo  
De una mentira vengarme!  
Mas si ha querido mi suerte  
Que ya, que el quererme te canse,  
No pongas inconvenientes  
Mas, de que quieres dejarme;  
No entendi que eras mujer  
A quien novedad aplice;  
Mas son tales mis desdichas  
Que en mí lo imposible hacen:  
Y hanme puesto en tal extremo  
Que el bien tengo por ultraje,  
Y alábasme para hacerme  
La nata de los pesares.  
Yo soy quien pierdo en perderte,  
Y gano mucho en ganarte;  
Y aunque hablas en mi ofensa

No dejaré de adorarte.  
Dices, que si fuera mudo,  
Fuera posible adorarme;  
Si en mi daño yo le he sido,  
Enmudezco en disculparme.  
¿Hate ofendido mi vida?  
¿Quieres, señora, matarme?  
Basta decir que yo hablé,  
Para que el pesar me acabe.  
Es mi pecho calabozo  
De tormentos inmortales;  
Mi boca la del silencio,  
Que no ha menester alcaide.  
El hacer plato y banquete  
Es de hombres principales;  
Mas de favores hacello  
Solo pertenece á infames.  
Zaida cruel, hasme dicho  
Que no supe conservarte;  
¡Mejor te supe obligar,  
Que tú has sabido pagarme!  
Mienten los moros y moras,  
Miente el infame de Tarfe,  
Que si yo le amenazara,  
Bastara para matarle.  
A ese perro mal nacido  
A quien yo mostré el turbante,  
No le fio yo secretos,  
Que en bajos pechos no caben:  
Yo le he de quitar la vida,  
Y he de escribir con su sangre,  
Lo que tú, Zaida, replicas:  
Quien tal hizo que tal pague.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 4.ª parte.)

<sup>4</sup> Es otra contestación que da Zaide al romance num. 56.

## 59.

ZAIDE.—IX.  
(Anónimo.)

¡Bella Zaida de mis ojos,  
Y del alma bella Zaida,  
De las moras la mas bella,  
Y mas que todas ingrata,  
De cuyos rubios cabellos  
Enreda amor mil lazadas,  
En quien ciegas de tu vista  
Se rinden mil libres almas!  
¿Qué gustos, fiera, recibes,  
De ser tan mudable y varia,  
Y con saber que te adoro,  
Tratarme como me tratas?  
¿Y no contenta de aquesto,  
De quitarme la esperanza,  
Porque de todo la pierda  
De ver mi suerte trocada?  
¡Ay cuán mal, dulce enemiga,  
Las véras de amor me pagas,  
Pues en cambio dél me ofreces  
Ingratitud, y mudanza!  
¿Cuán presto le diste al viento  
Tus promesas y palabras!  
¡Pero bastaban ser tuyas,  
Para que tuviesen alas!  
¡Acuérdate que algun dia  
Dabas de amor muestras claras,  
Con mil favores tan tiernos,  
Que por ser tantos ya faltan!  
¡Acuérdate, Zaida hermosa,  
Si aun aquesto no te enfada,  
Del gusto que recibias,  
Cuando rondaba tu casa!  
Si de dia, luego al punto  
Salias á las ventanas;  
Si de noche, en el balcón,  
O en las rejias te hallaba.

Si tardaba, ó no venía,  
Mostrabas celosa rabia;  
Mas ahora que te ofendo,  
Que acorte el pasar me mandas.  
Mándasme que no te vea,  
Ni escriba billete, ó carta  
Que un tiempo tu gusto fuéron,  
Mas ya tu disgusto causan.  
¡Ay Zaida, que tus favores,  
Tu amor, tus palabras blandas,  
Por falsas se han descubierto,  
Y descubren que eres falsa!  
Eres mujer finalmente,  
A ser mudable inclinada,  
Que adoras á quien te olvida,  
Y á quien te adora desamas.  
Mas, Zaida, aunque me aborreces,  
Por no parecerte en nada,  
Cuando de yelo tu fueras,  
Mas sustentaras mi llama.  
Pagaré tu desamor  
Con mil amorosas ansias,  
Que el amor fundado en véras,  
Tarde se rinde á mudanza.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de los Cegries, etc.)

## 60.

ZAIDE.—X.  
(Anónimo.)

«Dime, Bencerraje amigo,  
¿Qué te parece de Zaida?  
¡Por mi vida que es muy fácil!  
¡Para mi muerte es muy falsa!  
Este billete la escribo:  
Escucha, y silencio guarda.  
Que su beldad estimé,  
Y quiero estimar su fama.  
—¡Oh mora, imágen del tiempo  
En condicion y mudanza,  
Hipócrita en los amores,  
Logrera en las esperanzas!  
Ya tu voluntad y gustos  
Van por leyes de las galas,  
Que á cada tocado nuevo  
Nuevos pensamientos sacas.  
Confieso que eres mas bella  
Que las flores con el alba;  
Mas al fin, hay varias flores,  
Y tú tambien eres varia.  
Espejo eres de hermosura,  
Pero tienes una falta,  
Que á todos haces buen rostro,  
¡Notable vicio en las damas!  
Nuevas parecen mis quejas,  
Pues no te llamo inhumana;  
¡Mas ojalá cruel fueras.  
Y no tan afable y mansa,  
Que aunque dieras tarde el fruto,  
Fuera firme como palma,  
Que á costa de mis tormentos  
De ella te hiciera guirnaldas!  
Mas ayer se vino un huésped,  
Y ya le ofreces el alma.  
¡No sé, Zaida, cómo es esto,  
Pues otra me tienes dada!  
¡Si tantas almas tenias,  
Dijéraslo, y no te amara!  
Que yo no tengo mas de una,  
Y no sé cumplir con tantas.  
¡Ay, Zaida, cómo te temo!  
¡Deja que el huésped se vaya,  
Y verás tras su partida  
Su fe partida y quebrada!  
Pero dirás que no sientes  
Ausencia, porque no amas,  
Y que yo quedo en la corte

Esclavo antiguo de casa.  
¡Muy mal conoces mi gusto!  
¡Mucho te estimas y engañas!  
¿Qué, tengo yo faltas, mora,  
Para entreteuerme á faltas?  
Quien media vez me ofendió,  
Entera no ha de contarla,  
Que en mujer, un solo yerro,  
A quien sufre mucho agravia:  
Mas esto al fin te aconsejo,  
Y es dar al viento palabras,  
Que al primero que admitieres  
Le des las prendas del alma.  
Ten ya en tus amores fe,  
No condenes tu honra y fama  
Con amor falso y fingido,  
Que sin fe nadie se salva;  
Y no firmo este papel,  
Pues no soy á quien llamabas  
Antes, con razones dulces,  
Y sin razones extrañas;  
Pero bien entenderás  
Los efectos y la causa,  
Que aunque tú mas disimules,  
Bien sabes á quien agravia.  
Esto mostró al Bencerraje  
El bravo Alcaide de Baza,  
Y cerrándole, lo envía  
A la misma mora Zaida.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios Romances, 3.ª parte.)

## 61.

ZAIDE.—XI.  
(Anónimo.)

—Reduan, anoche supe  
Que un vil Atarfe me ofende,  
Y en un infierno insufrible  
Trocada mi gloria tiene:  
Que un pecho que fué diamante  
En cera blanda le vuelve,  
Mis contentos en pesares,  
Y en favores sus desdenes.  
Tanto pudo su porfia,  
Y mi ausencia tanto puede,  
Que es ya lo que nunca ha sido,  
Y yo no lo que fui siempre.  
¿Qué de abrazos que la debo!  
¿Que de suspiros me debe,  
Que ardiendo van de mi pecho  
Y se hielan en su nieve!  
Gloria la daban mis prendas  
Y consuelo mis papeles;  
Lo que mi lengua decia  
Eran inviolables leyes.  
Pasó este tiempo dichoso,  
Por ser dichoso ¡tan breve!  
Y en mil pesares y enojos  
Se trocaron mis placeres.  
¿Quién tal creyera! Olvidóme,  
Y olvidado me aborrece  
Por un moro advenedizo,  
Que no sé de quién descende.  
El sí le dió á sus porfias,  
Y unas fiestas hacer quieren,  
Y tienen de salir ambos  
Vestidos de tela verde.  
¡Huélgate, mora enemiga,  
Aunque á mi pesar te huelgues!  
¡Entra ufana en Vivarambla,  
Donde mis penas te alegren!  
A aqueste infame morillo  
Que aborrezco, y favoreces,  
Atale al brazo tu toca  
Para que las cañas juegue,  
¡Que por Alá que has de verla  
Teñida en su sangre alevé!

Y en la tuya la tiñera...  
Mas soy hombre, y mujer eres.  
¡Por Mahoma que estoy loco!  
¡Mi sangre en las venas hierve!  
¡La paciencia se me acaba,  
Y mi juicio se pierde!  
Pero no me tenga el mundo  
Por el Alcaide de Vélez,  
Ni me favorezca el cielo,  
Ni la tierra me conserve;  
Muera á manos de un cobarde  
Sin que tenga quien me venga,  
Si á esta ciudad, si á este infierno,  
Adonde mi honra muere,  
No la escandalizo, y vengo  
Mis agravios con la muerte  
De ese morillo cobarde,  
Que es infame, y se me atreve,  
A quien quitaré la vida,  
Y mil vidas, si mil tiene.  
Resuelto estoy, Reduan,  
De vengarme, ó de perdeme;  
Que un noble, si está ofendido,  
Fácilmente se resuelve.—  
(Romancero general.)

## 62.

ZAIDE. — XII.  
(Anónimo.)

Cuando el noble está ofendido,  
Es resolución discreta  
Por satisfacer su agravio  
Arriesgar vida y hacienda;  
Pero esto se ha de entender,  
Cuando aquel que hizo la ofensa  
Tiene sugeto capaz  
Para hacer la recompensa.  
Y respondiendo á tu carta,  
La cual vi letra por letra,  
Y lo que tu dama escribe,  
Claro su discurso enseña;  
Diréte en razones breves  
Lo que el deseo me ofrezca;  
Que errar ó acertar la cura,  
Consiste en la vez primera.  
Primero he sido en saberlo,  
Por ser en mi amistad deuda,  
Y lo seré en aplicarte  
El remedio que convenga.  
Si dices que un moro infame,  
De sangre baja y pechera,  
En tu ausencia él y tu dama  
Muestran efectos de ausencia,  
¿Qué mejor venganza quieres?  
¿Qué mas tu alma desea,  
Pues obligaciones tuyas  
Las pagas con bolsa ajena?  
A ella en pago del delito  
Le será castigo, y pena  
El truco de su mudanza,  
Que muchos siglos posea.  
Y si á los gozos presentes  
Tus memorias tienen muestra,  
Será flor de maravilla,  
Que con el alba recuerda.  
Pasan estas novedades,  
Y la fortuna que vuela  
Poniéndoos en su balanza  
Hará ver la diferencia.  
Contemple en el galán nuevo  
La bella rueda y cabeza,  
Llegue á los pies de su sangre,  
Y olvidársele ha la rueda.<sup>4</sup>  
A entrambos conocerá  
Cuando sea menos la hoguera,  
Que quien ve quemar su casa,  
No es mucho memorias pierda.

Si en las fiestas que ordenaren  
Sacaren verde librea,  
Darán pregon, que es un tonto,  
Y ella, que es lo que se precia;  
Que aquel que á una alma mudable  
La voluntad y fe entrega,  
Por castigo bien le basta  
La esperanza de esta feria.  
Si tus prendas le alegraban,  
En las mujeres las prendas  
Es precio en que se remata  
Falsedad en que se remata.  
Si en tí se cerró el remate,  
Ha habido una puja nueva,  
Y son bienes de menores,  
Que se abre el remate, y cierra.  
Aire, suspiros y abrazos  
De tu memoria destierra,  
Que el bronce y el aire vano  
Mal podrán esculpir letras.  
Deja muertes y alborotos,  
Ven, y con verlos te alegra,  
Que la venganza mayor  
Será no hacer cuenta de ella.

(Romancero general.)

<sup>4</sup> Alude al pavo real de quien dicen que al verse los pies tan feos, deshace humillado la rueda de su cola, que soberbio y ufano le engrie.

## 63.

ZAIDE. — XIII.  
(Anónimo.)

Si tienes el corazón,  
Zaide, como la arrogancia,  
Y á medida de las manos  
Dejas volar las palabras;  
Si en la vega escaramuzas  
Como entre las damas hablas,  
Y en el caballo revuelves  
El cuerpo, como en las zambras;  
Si el aire de los bohordos  
Tienes en jugar la lanza,  
Y como danzas la toca  
Con la cimitarra danzas;  
Si eres tan diestro en la guerra  
Como en pasear la plaza,  
Y como á fiestas te aplicas,  
Te aplicas á la batalla;  
Si como el galán ornato  
Usas la lucida malla,  
Y oyes el son de la trompa  
Como el son de la dulzaina;  
Si como en el regocijo  
Tiras gallardo las cañas,  
Y en el campo al enemigo  
Le atropellas y maltratas;  
Si respondes en presencia,  
Como en ausencia te alabas,  
Sal á ver si te defiendes  
Como en el Alhambra agravias.  
Y si no osas salir solo,  
Como lo está el que te aguarda,  
Algunos de tus amigos  
Para que te ayuden saca.  
Que los buenos caballeros,  
No en palacio, ni entre damas,  
Se aprovechan de la lengua,  
Pues es do las manos callan;  
Pero aquí que hablan las manos,  
Ven, y verás como habla  
El que delante del Rey,  
Por su respeto callaba.  
Esto el moro Tarfe escribe,  
Con tanta cólera y rabia,  
Que donde pone la pluma  
El delgado papel rasga.  
Y llamando á un paje suyo,

Le dijo: «Vete á la Alhambra,  
Y en secreto al moro Zaide  
Da de mi parte esta carta;  
Y dirásle que le espero  
Donde las corrientes aguas  
Del cristalino Jenil  
Al Generalife bañan».

(Romancero general.)

<sup>4</sup> Es una de las mas bellas y perfectas composiciones donde se pinta el valor y arrogancia de un carácter fiero y audaz. En contraposición de este romance, el del núm. 74, en vez de la crepar á un caballero para que salga á batalla, siguiendo el mismo tema, excita á los guerreros para que suelten las armas y se aprovechen de la tregua, dedicándose mientras dura á obsequiar las damas con fiestas y placeres.

## 64.

ZAIDE. — XIV.  
(Anónimo.)

Cese, Zaida, aquea furia,  
Que á fe que te entiendo, Zaida,  
Que deseas verme muerto,  
Pero muerto por tu causa.  
Si tu lengua me despide,  
¿Por qué tus ojos me llaman?  
Y si en público te hielas,  
¿Por qué en secreto te abrasas?  
La razón de estos efectos  
No te la pregunto, Zaida;  
Pero díganlo tus ojos,  
Que yo sé que no lo callan.  
Avisame que te deje;  
Ten aviso en tus palabras,  
Que á do se trata de amor  
Hiere quien de aviso trata.  
Píntasme lindo en extremo;  
Pero el publicar mis gracias,  
Solo es darme lo que es mio,  
Como quien me echa de casa.  
Dices que soy blanco y rubio:  
Blanco me tienen desgracias;  
Pero negra es mi ventura,  
Por ser rubia tu mudanza!  
¿Pareceme que te loas,  
Viniendo á dejarme, ingrata!  
Son las honras que me haces  
Como el que ha muerto en el alma.  
Pero si naciera mudo,  
Publicas que me adoraras:  
Mil lenguas tener quisiera,  
Porque todas te alabaran!  
Aqúese alcázar que dices,  
En mi pecho no hace falta,  
Porque todo es fortaleza  
Por el primor de mis ansias.  
Solo el alcaide en mis labios  
Falta, porque ya en mi alma  
Tenía guarda de alcaide,  
Hija de alcaide de guarda.  
Interpreta estas razones,  
Que yo sé que son bien claras,  
Si no es que las escurezcan  
Los nublados de tu saña.  
Los galanes de mis partes  
Mucho pueden con las damas;  
Mas poco puedo contigo,  
Porque partes no te espantan!  
Los platos de sus favores  
Los sabios comen, y callan;  
Mas si el manjar es sabroso,  
¿Qué sabrá el que no lo alaba?  
En esto muestras ser niña,  
Pues eres tan poco sabia  
En los sucesos de amor,  
En que experiencia se alcanza.  
La trenza de los cabellos  
No enrede la verdad, Zaida;

Basta que enrede las vidas  
De falsarios que me agravian.  
Jamás publiqué ser tuyo,  
Solo ella lo publicaba,  
Llevando escrito tu nombre  
En el valor que mostraba.  
Mejor sé guardar secretos,  
Riete de buena gana,  
Que no aquellos que te han dicho  
Soy hablador de ventaja;  
Y admite agora disculpa,  
Si te place, bella Zaida.

(Romancero general.)

## 65.

ZAIDE. — XV.  
(Anónimo.)

No faltó, Zaide, quien trujo  
A mis manos tus dos cartas,  
Por las cuales ví que en una  
En ausencia me maltratas.  
Trátasme injustamente,  
De severa, cruel, tirana,  
No echando de ver que tú  
Eres el principio y causa  
De la que, Zaide, he tenido  
Para mostrarme enojada,  
Por ser tú blando de boca,  
Y no tener rienda en nada.  
Y para no renovar  
Nuestras historias pasadas,  
Me ha parecido escribirte  
Solas aquestas palabras,  
Movida de que también  
En la segunda me tratas  
De afable, mansa y benigna,  
Conociendo tu desgracia:  
Y lo mejor que hay en ellas  
Es que pusiste las plantas  
Por testigos de tu pena,  
Porque te oyesen sus ramas,  
Las cuales, según sospecho,  
Han de quedar enseñadas  
A ser oráculo y templo  
De la sibila Cumana.  
Gran trabajo tienes, moro,  
Por tener tan mala fama,  
De quien como de la lumbre  
Huyen hoy de tí las damas!  
Pero porque te arrepientas,  
Quiero mostrarme ya mansa,  
Pues no hay piedra donde no  
Haga el curso alguna entrada.  
Bien hiciste de apelar  
De tu sentencia ya dada;  
Pues no hay juez tan riguroso,  
En quien piedades no haya.  
De mí te sabré decir,  
Que aunque tus obras son malas,  
Tengo, como nací noble,  
Noble corazón y entrañas.  
Notando que una leona,  
Aunque esté furiosa y brava,  
Si el león se le humilla,  
Ella se humilla, y le halaga;  
Pero si acaso el león,  
El amistad celebrada  
No la sabe conservar,  
Le aborrece y le desama.  
Harto, Zaide, creo he dicho,  
Para que entiendas de Zaida,  
Estar ajena de culpa,  
Y libre de tus palabras!

(Romancero general.)